

# EL MURO DE OSCURIDAD

*ARTHUR C. CLARKE*

Muchos y extraños son los universos que se amontonan como burbujas en la espuma sobre el Río del Tiempo. Algunos (muy pocos) se mueven a contracorriente; menos aún son los que yacen siempre fuera de su alcance, al margen del futuro y el pasado. El pequeño cosmos de Shervane no pertenecía a estos grupos: su singularidad era de un tipo distinto. Sólo contenía un mundo (el planeta de la raza de Shervane) y una estrella, el gran sol Trilorne, que le daba vida y luz.

Shervane nada sabía de la noche, pues Trilorne estaba siempre sobre el horizonte, acercándose a él sólo en los largos meses de invierno. Pasadas las fronteras de la Tierra Sombría, había una zona en la que Trilorne desaparecía bajo el borde del mundo, y descendía una oscuridad en la que nada podía vivir. Pero incluso entonces la oscuridad no era absoluta, aunque no hubiese estrellas que la aliviase.

Solo en su pequeño cosmos, volviendo siempre la misma cara hacia su solitario sol, el mundo de Shervane era el último y más extraño capricho del Señor de los Mundos.

Sin embargo, mientras contemplaba las tierras de su padre, los pensamientos que llenaban la mente de Shervane eran los mismos que los de cualquier niño humano. Sentía asombro, curiosidad, un poco de miedo y, sobre todo, el anhelo de salir al gran mundo que había ante él. Era aún demasiado joven para hacer estas cosas, pero la vieja casa estaba sobre la máxima elevación que había en varios kilómetros a la redonda, y podía contemplar toda la tierra que un día sería suya. Cuando se volvió hacia el norte, con Trilorne brillando frente a su cara, pudo ver a varios kilómetros de distancia la larga hilera de montañas que se curvaban hacia la derecha, elevándose cada vez más, hasta desaparecer detrás de él en dirección a la Tierra Sombría. Un día, cuando fuese mayor, cruzaría aquellas montañas por el paso que llevaba a las grandes tierras del este.

A su izquierda estaba el océano, a sólo unos kilómetros de distancia, y Shervane podía a veces oír el atronar de las olas que rodaban sobre las suaves arenas de la playa. Nadie sabía lo lejos que llegaba el océano. Habían salido barcos navegando hacia el norte mientras Trilorne se elevaba cada vez más en el cielo y el calor de sus rayos se hacía más intenso. Se habían visto a regresar mucho antes que el gran sol hubiese llegado al cenit. Si existían realmente las míticas Tierras del Fuego, ningún hombre podía esperar alcanzar nunca sus ardientes costas..., a menos que las leyendas fuesen realmente ciertas. Se decía que en otros tiempos habían existido rápidas naves metálicas que podían cruzar el océano pese al calor de Trilorne, y llegar así a las tierras del otro lado del mundo. Ahora sólo podía llegarse a esos países mediante un laborioso viaje por tierra y mar, que sólo podía acortarse un poco viajando hacia el norte tanto como uno se atreviese.

Todos los países habitados del mundo de Shervane se encontraban en el estrecho cinturón que existía entre el calor ardiente y el frío insoportable. El lejano norte era siempre una región inasequible batida por la furia de Trilorne, y el sur la zona lúgubre e inmensa de la Tierra Sombría, donde Trilorne era sólo un pálido disco en el horizonte, y a menudo ni siquiera eso.

Shervane aprendió todas esas cosas en los años de su infancia, y en aquellos años no tenía ningún deseo de dejar las amplias tierras que se extendían entre las montañas y el mar. Desde el alba de los tiempos, sus antepasados y las razas anteriores a ellos habían trabajado para hacer de aquellas tierras las mejores del mundo; si habían fracasado, había sido por muy poco. Había jardines tapizados de extrañas flores, había ríos que se deslizaban suavemente entre rocas cubiertas de musgo para perderse en las aguas puras de un mar sin mareas. Había campos de trigo que se ondulaban constantemente acariciados por las brisas, como si las generaciones de semillas aún no nacidas se hablasen unas a otras. En los amplios prados y bajo los árboles, el dócil ganado vagaba libre y tranquilo. Y allí estaba la gran casa, con sus enormes estancias y sus pasillos interminables, muy grande en la realidad, pero más inmensa aún en la mente de un niño. Éste era el mundo que él conocía y amaba. Lo que existía más allá de sus fronteras no le preocupaba.

Pero el universo de Shervane no era de los que están libres del dominio del tiempo. La cosecha maduraba y se recogía en los graneros. Trilorne recorría lentamente su pequeño arco de cielo y, con el paso de las estaciones, la mente y el cuerpo de Shervane crecían. Su tierra parecía más pequeña ahora: las montañas quedaban más próximas y el mar estaba tan sólo a un breve paseo de la gran casa. Comenzó a aprender cosas sobre el mundo en que vivía y a prepararse para el papel que debía desempeñar en su organización.

Aprendió algunas de estas cosas de su padre, Sherval, pero la mayoría se las enseñó Grayle, que había venido del otro lado de las montañas en tiempos del padre de su padre y había sido tutor de tres generaciones de la familia de Shervane. Quería mucho a Grayle, aunque el viejo le enseñaba muchas cosas que él no deseaba aprender, y los años de su adolescencia los pasó agradablemente, hasta que le llegó la hora de cruzar las montañas e ir a las tierras del otro lado. Siglos atrás, su familia había llegado de los países del este y, desde entonces, generación tras generación, el hijo mayor había hecho de nuevo el peregrinaje para pasar un año de su juventud entre sus primos. Era una sabia tradición, pues al otro lado de las montañas aún se conservaba gran parte de la sabiduría del pasado y uno podía conocer hombres de otras tierras y estudiar sus costumbres.

En la primavera anterior a la marcha de su hijo, Sherval, con tres de sus criados y ciertos animales que por conveniencia llamaremos caballos, llevó a Shervane a ver las partes de la tierra que nunca había visitado antes. Cabalgaron en dirección oeste, hacia el mar, y siguieron en esa dirección durante varios días, hasta que Trilorne apareció situado claramente más cerca del horizonte. Luego continuaron hacia el sur, sus sombras alargándose ante ellos, y giraron de nuevo hacia el este sólo cuando los rayos del sol parecieron perder todo su poder. Estaban ya dentro de los límites de la Tierra Sombría, y no parecía prudente continuar más al sur hasta que el verano estuviese en su apogeo.

Shervane cabalgaba junto a su padre, observando el cambiante paisaje con la ansiosa curiosidad de un muchacho que ve por primera vez un país nuevo. Su padre le hablaba del suelo, de los cultivos que podían crecer allí y los que no, pero la atención de Shervane estaba en otra parte. Miraba el horizonte desolado de la Tierra Sombría y se preguntaba hasta dónde se extendía aquel país y qué misterios encerraba.

—Padre —dijo—, si uno fuese hacia el sur en línea recta, cruzando la Tierra Sombría, ¿llegaría al otro lado del mundo?

Su padre sonrió.

—Los hombres se han hecho esa pregunta durante siglos —dijo—, pero hay dos razones por la que jamás sabrán la respuesta.

—¿Cuáles son?

—La primera, por supuesto, la oscuridad y el frío. Incluso aquí, nada puede vivir durante el invierno. Pero hay una razón aún más poderosa, aunque ya veo que Grayle no te ha hablado de ella.

—No creo que lo haya hecho; al menos, no lo recuerdo.

Sherval no contestó por el momento. Se afianzó en los estribos y oteó la tierra hacia el sur.

—En otros tiempos, yo conocía bien ese lugar —le dijo a Shervane—. Vamos..., he de enseñarte algo.

Se desviaron del sendero que habían estado siguiendo y durante varias horas caminaron una vez más dando la espalda al sol. La tierra se elevaba lentamente ahora, y Shervane vio que estaban ascendiendo por una gran sierra rocosa que penetraba como una daga en el corazón de la Tierra Sombría. Por último, llegaron a una colina demasiado escarpada para los caballos, y allí desmontaron, dejando los animales al cuidado de los siervos.

—Hay un camino que la rodea —dijo Sherval—, pero es más rápido subir por aquí que llevar a los caballos por el otro lado.

La colina era pequeña, aunque escarpada, y llegaron a su cima en unos minutos.

Al principio Shervane no vio nada que le resultase sorprendente; sólo las mismas extensiones ondulantes y desoladas, que parecían hacerse más oscuras y lúgubres a medida que aumentaba su distancia de Trilorne.

Se volvió hacia su padre, un poco desconcertado, pero Sherval señaló hacia el lejano sur y trazó una línea a lo largo del horizonte.

—No es fácil verlo —dijo pausadamente—. Mi padre me lo enseñó desde este mismo lugar, muchos años antes que tú nacieras.

Shervane miró fijamente hacia la oscuridad. El cielo del sur era tan oscuro que parecía casi negro y descendía para unirse al borde del mundo. Pero no del todo, pues a lo largo del horizonte, en una gran curva que dividía tierra y cielo y que no parecía, sin embargo, pertenecer a ninguno, había una banda de oscuridad más profunda, negra como esa noche que Shervane no había conocido jamás.

La miró fijamente largo rato, y quizá alguna intuición del futuro relampagueó en su alma, pues la tierra oscura le pareció de pronto viva y expectante. Cuando al final apartó los ojos, supo que nada volvería a ser igual, aunque aún era demasiado joven para reconocer aquel reto como lo que realmente era.

Y así, por primera vez en su vida, Shervane vio el muro.

A principios de la primavera dijo adiós a su gente y se fue con un siervo a cruzar las montañas para pasar a las grandes tierras del mundo oriental. Allí conoció a los hombres que compartían su

linaje, y allí estudió la historia de su raza, las artes que se habían desarrollado desde los tiempos antiguos y las ciencias que regían las vidas de los hombres. En los centros de aprendizaje se hizo amigo de muchachos que habían llegado desde tierras situadas aún más al este; era poco probable que volviese a verlos, pero uno de ellos iba a tener un importante papel en su vida, mayor del que ninguno de los dos pudiera llegar a imaginar entonces. El padre de Brayldon era un famoso arquitecto, pero su hijo pretendía eclipsarle. Viajaba de país en país, siempre aprendiendo, observando, haciendo preguntas. Aunque sólo era unos años mayor que Shervane, su conocimiento del mundo era infinitamente mayor..., o así le parecía a Shervane.

Entre ellos desmembraban el mundo y lo reconstruían según sus deseos. Brayldon soñaba con ciudades cuyas grandes avenidas e inmensos edificios avergonzasen incluso a las maravillas del pasado, pero Shervane sentía más interés por la gente que habría de habitar tales ciudades y por la forma en que habrían de organizar sus vidas.

Hablaban a menudo del Muro, que Brayldon conocía por los relatos de su propia gente, aunque jamás lo había visto. Al sur de todos los países, lejos, tal como Shervane había aprendido, el Muro se extendía como una gran barrera que cruzaba la Tierra Sombría. En el apogeo del verano se podía llegar allí, aunque con dificultades, pero no había modo de atravesarlo, y nadie sabía qué podía haber al otro lado. Rodeaba todo el mundo, sin una falla, pese a alcanzar un centenar de veces la altura de un hombre; rodeaba incluso el mar invernal que lamía las costas de la Tierra Sombría. Algunos viajeros habían llegado hasta aquellas playas solitarias, apenas calentadas por los últimos débiles rayos de Trilorne, y habían visto cómo la sombra oscura del Muro ingresaba en el mar menospreciando las olas que batían a sus pies. Y en las costas lejanas, otros viajeros lo habían visto sobre el océano, en su círculo ininterrumpido alrededor del mundo.

—Uno de mis tíos —dijo Brayldon— llegó hasta el Muro una vez, cuando era joven. Lo hizo por una apuesta. Y tuvo que cabalgar diez días para llegar. Creo que le aterró: era tan inmenso y frío..., no pudo determinar si estaba hecho de metal o de piedra, y cuando gritó no se produjo ningún eco, sino que su voz se apagó rápidamente, como si el Muro se tragase el sonido. Mi gente cree que es el fin del mundo y que no hay nada más allá.

—Si eso fuese cierto —replicó Shervane, con lógica irrefutable—, el océano se hubiese derramado por el borde antes que construyesen el Muro.

—No si lo construyó Kyrone cuando hizo el mundo.

Shervane no estaba de acuerdo.

—Mi gente cree que es obra del hombre..., quizá de los ingenieros de la Primera Dinastía, que tantas maravillas hicieron. Si realmente tenían naves que podían llegar a las Tierras del Fuego, e incluso naves que podían volar, puede que poseyeran la sabiduría suficiente para construir el Muro.

Brayldon se encogió de hombros.

—Debieron tener una buena razón —dijo—. Jamás sabremos la respuesta; así que, ¿para qué molestarse?

Este consejo eminentemente práctico era, según había descubierto Shervane, todo lo que acababan diciéndole a los hombres comunes. Sólo los filósofos se interesaban por las preguntas sin respuesta: para la mayoría de la gente, el enigma del Muro, como el problema de la existencia

misma, era algo que apenas ocupaba sus mentes. Y todos los filósofos que había conocido le habían dado respuestas distintas.

En primer lugar Grayle, al que había preguntado al regresar de la Tierra Sombría. El anciano le había mirado plácidamente y le había dicho:

—Sólo hay una cosa detrás del Muro, según me han dicho. Y esa cosa es la locura.

Luego le había preguntado a Artex, que era tan viejo que apenas si pudo entender la nerviosa pregunta de Shervane. Miró al muchacho a través de unos párpados que parecían demasiado cansados para abrirse del todo y contestó al cabo de un rato:

—Kyrone construyó el Muro al tercer día de la creación del mundo. Lo que hay más allá lo descubriremos al morir..., allí es donde van las almas de todos los muertos.

Sin embargo, Irgan, que vivía en la misma ciudad, había dado una respuesta que contradecía por completo a ésta.

—Sólo el recuerdo puede responder a tu pregunta, hijo mío. Pues detrás del Muro está la tierra en la que vivimos antes de nuestros nacimientos.

¿A quién debía creer? El hecho era que nadie sabía la verdad. Si alguna vez se había llegado a poseer aquel conocimiento, hacía siglos que se había perdido.

Aunque su búsqueda fue infructuosa, Shervane había aprendido muchas cosas en su año de estudio. Al llegar la primavera dijo adiós a Brayldon y a los otros amigos que había conocido en aquel breve período y enfiló el antiguo camino que le llevaría de nuevo a su propio país. Hizo una vez más la peligrosa travesía por el gran paso entre las montañas, donde colgaban muros de hielo siempre amenazadores, recortados contra el cielo. Llegó al lugar donde el camino descendía en curva una vez más hacia el mundo de los hombres, donde había calor y agua corriente y el aliento no se helaba ya en el aire. Allí, en la última elevación del camino antes de descender al valle, podía verse una gran extensión de tierra que llegaba hasta el distante resplandor del océano. Y allí, casi perdida entre las nieblas del borde del mundo, Shervane pudo ver la línea de sombra que era su propio país.

Descendió por la gran cordillera de piedra hasta llegar al puente que los hombres habían construido cruzando la catarata en los viejos tiempos, cuando el otro camino había sido destruido por un terremoto. Pero el puente había desaparecido. Las tormentas y avalanchas de principios de primavera habían derribado uno de sus inmensos pilares, y el bello arco iris de metal era una retorcida ruina entre la espuma de las aguas, unos quinientos metros más abajo. Tendría que transcurrir el verano antes que se pudiera reconstruir el camino: Shervane regresó entristecido, sabiendo que iba a tener que transcurrir todo un año antes que pudiese volver a ver su casa. Se detuvo varios minutos en la última curva del camino, mirando hacia la tierra inasequible donde estaban todas las cosas que amaba. Pero las nieblas se habían cerrado sobre ella y ya no la veía. Resueltamente, siguió el camino hasta perder de vista las tierras abiertas y hasta que las montañas le rodearon de nuevo.

Brayldon aún estaba en la ciudad cuando Shervane regresó. Se mostró sorprendido y complacido al ver a su amigo, y juntos discutieron sobre lo que deberían hacer en el año que tenían por delante.

Los primos de Shervane, que habían tomado cariño a su huésped, no lamentaron en absoluto volver a verle, pero su amable sugerencia para que dedicase otro año al estudio no fue bien recibida.

El plan de Shervane maduró lentamente, frente a una considerable oposición. Incluso Brayldon manifestó poco entusiasmo al principio, y fue necesario discutir mucho para convencerle que cooperase. A partir de entonces, la aceptación de todos los demás que le importaban fue sólo cuestión de tiempo.

Cuando se aproximaba ya el verano, los dos muchachos partieron hacia el país de Brayldon. Caminaron de prisa, pues el viaje era largo y debían completarlo antes que Trilorne iniciase su caída final. Cuando llegaron a las tierras que Brayldon conocía, realizaron ciertas indagaciones que provocaron muchos movimientos de cabeza. Pero las respuestas que obtuvieron fueron exactas, y pronto les rodeó la Tierra Sombría; y pronto, por segunda vez en su vida, Shervane vio el Muro.

No parecía estar muy lejos cuando lo vieron por primera vez, alzándose sobre una lúgubre y solitaria llanura. Sin embargo, tuvieron que caminar interminablemente por la llanura antes de sentirlo más próximo..., y habían llegado casi a su base antes de darse cuenta de lo cerca que estaban, pues no había medio de calcular la distancia hasta que uno lo alcanzaba y lo tocaba.

Cuando Shervane alzó la vista hacia la monstruosa mole de ébano que tanto había turbado su pensamiento, ésta pareció colgar del cielo y estar a punto de caer y aplastarle bajo su peso muerto. Apartó con dificultad sus ojos de aquella visión hipnótica y se acercó más para examinar el material con que estaba construido el Muro.

Era cierto, como le había dicho Brayldon, que resultaba frío al tacto, más frío de lo que lógicamente debería resultar incluso en aquella tierra tan escasa de sol. No parecía ni duro ni blando, pues su textura eludía la mano, de forma que resultaba difícil de analizar. Shervane tenía la impresión que algo le impedía un contacto real con la superficie, aunque no podía ver ningún espacio entre el Muro y sus dedos cuando los apretaba contra él.

Lo más extraño de todo era aquel pavoroso silencio del que hablaba el tío de Brayldon: las palabras se apagaban y los sonidos se desvanecían con innatural rapidez.

Brayldon había sacado algunos instrumentos y herramientas, y comenzó a examinar la superficie del Muro. Descubrió en seguida que ni los taladros ni buriles hacían la menor mella en él, llegando a la misma conclusión que Shervane había llegado ya. El Muro no sólo era de una dureza diamantina: era inasequible.

Por último, contrariado, tomó una regla de metal y apretó su borde contra el Muro. Mientras Shervane sostenía un espejo para reflejar la débil luz de Trilorne sobre la línea de contacto, Brayldon miró la regla desde el otro lado. Era tal como había pensado: entre las dos superficies aparecía un fino rayo de luz.

Brayldon miró pensativamente a su amigo.

—Shervane —dijo—, no creo que el Muro esté hecho de materia, de la materia que nosotros conocemos.

—Entonces quizá sea cierta la leyenda respecto a que no fue construido, sino que fue creado.

—No lo sé —dijo Brayldon, pensativo—. Los ingenieros de la Primera Dinastía tenían grandes poderes. Hay algunos edificios muy antiguos en mi tierra que parecen hechos en una sola operación, con una sustancia que no muestra signo alguno de desgaste por el paso del tiempo. Si en vez de ser de color fuese negra, sería muy parecida al material del Muro.

Recogió sus inútiles herramientas y comenzó a montar un teodolito portátil.

—Ya que no puedo hacer otra cosa —dijo con una mueca—, al menos podré saber que altura tiene.

Cuando se volvieron para mirar el Muro por última vez, Shervane se preguntó si volvería a verlo. Nada más podía aprender de él: en el futuro debería olvidar aquel estúpido sueño que algún día pudiera develar su secreto. Quizá no hubiese ningún secreto. Quizá al otro lado del Muro se extendiese la Tierra Sombría a lo largo de toda la curva del mundo hasta el punto donde se alzaba otra vez la misma barrera del otro lado. Eso parecía sin duda lo más probable. Pero si así era, ¿por qué se había construido el Muro, y qué raza lo había hecho?

Con un esfuerzo casi colérico de la voluntad, marginó estos pensamientos y cabalgó hacia delante bajo la luz de Trilorne, pensando en un futuro en el que el Muro no jugaría en su vida mayor papel que el que jugaba en las vidas de los demás hombres.

Así pues, tuvieron que pasar dos años para que Shervane pudiera regresar a casa. En dos años, sobre todo cuando uno es joven, pueden olvidarse muchas cosas, e incluso las más próximas al corazón pierden su nitidez, de forma que ya no se las puede recordar claramente. Cuando Shervane cruzó las últimas estribaciones de las montañas y se vio de nuevo en el país de su niñez, la alegría del regreso se vio empañada por una extraña tristeza. ¡Había olvidado tantas cosas que había creído que su mente recordaría siempre!

La noticia de su regreso le había precedido, y pronto vio a lo lejos, ante sí, una hilera de caballos galopando por el camino. Espoleó al suyo, preguntándose si vendría Sherval a recibirle, y se sintió un tanto desilusionado cuando vio que era Grayle quien encabezaba el cortejo.

Shervane se detuvo frente al anciano. Grayle le puso una mano sobre el hombro, pero durante unos instantes volvió la cabeza y no pudo pronunciar palabra.

Shervane supo que las tormentas del año anterior habían destruido algo más que el antiguo puente. Los rayos habían destruido su propia casa. Años antes del momento previsto, todas las tierras que Sherval había poseído habían pasado a posesión de su hijo. Y otras tierras además, pues toda la familia estaba reunida, según era costumbre una vez al año, en la gran casa cuando el rayo cayó sobre ella. En un solo instante, todas las tierras que se extendían entre las montañas y el mar habían pasado a su propiedad. Era el hombre más rico que el país había conocido desde hacía muchas generaciones; y Shervane hubiese dado con gusto todo esto por poder mirar una vez más los tranquilos ojos grises del padre al que nunca volvería a ver.

Trilorne se había alzado y bajado en el cielo varias veces desde que Shervane abandonó su infancia en el camino ante las montañas. La tierra había florecido durante aquellos años, y las

posesiones que tan súbitamente heredara habían aumentado de valor. Las había administrado bien, y ahora tenía tiempo una vez más para soñar. Más aún: tenía riquezas suficientes para convertir sus sueños en realidad.

Habían cruzado las montañas muchas historias sobre lo que Brayldon estaba haciendo en el este, y aunque los dos amigos no habían vuelto a verse desde su juventud, intercambiaban mensajes con regularidad. Brayldon había logrado satisfacer sus ambiciones: no sólo había proyectado los dos mayores edificios construidos desde los antiguos tiempos, sino que también había proyectado toda una nueva ciudad, aunque no se terminaría su construcción hasta después de su muerte. Al oír estas cosas, Shervane recordaba las aspiraciones de su propia juventud, y su mente regresaba a través de los años hasta el día en que juntos habían estado bajo la majestad del Muro. Se debatió durante mucho tiempo con sus pensamientos, temiendo reavivar viejos anhelos que luego no pudiese sofocar. Pero al fin tomó una decisión y escribió a Brayldon. ¿Para qué servían la riqueza y el poder si no podía emplearlos en la realización de sus sueños?

Luego Shervane esperó, preguntándose si Brayldon habría olvidado el pasado en los años en los que había llegado a la fama. No tuvo que esperar mucho: Brayldon no iría inmediatamente, pues tenía pendientes de terminar importantes obras, pero en cuanto las concluyese iría a ver a su viejo amigo. Shervane le había planteado una empresa digna de su capacidad..., una empresa que, si lograba llevarla a término, le produciría mayor satisfacción que todo lo que había hecho en su vida.

Brayldon llegó a principios del verano siguiente, y Shervane salió a recibirle al camino, junto al puente. Eran muchachos cuando se separaron por última vez, y ahora estaban casi en la edad madura, aunque, al saludarse, los años parecieran desvanecerse y ambos sintieran una secreta alegría al ver lo poco que el tiempo había afectado al amigo que recordaban.

Pasaron varios días conferenciando, considerando los planes trazados por Brayldon. Era una obra inmensa, y llevaría varios años completarla, pero un hombre de la riqueza de Shervane podía hacerlo. Antes de dar su aceptación definitiva, llevó a su amigo a ver a Grayle.

El anciano llevaba algunos años viviendo en la pequeña casa que Shervane le había construido. Llevaba mucho tiempo sin intervenir de un modo activo en la vida de las grandes haciendas, pero su consejo siempre estaba a punto cuando era necesario y resultaba invariablemente sabio.

Grayle sabía por qué Brayldon estaba en el país y no manifestó sorpresa alguna cuando el arquitecto desenrolló sus planos. El dibujo más grande mostraba toda la altura del Muro, con una gran escalera que se alzaba a su lado desde la llanura. En seis tramos, con la misma separación, la rampa ascendente se nivelaba en amplias plataformas, la última de las cuales quedaba sólo a una corta distancia de la cima del muro. Brotando de la escalera en una serie de lugares a lo largo de su longitud se dibujaban contrafuertes que a criterio de Grayle parecían demasiado frágiles y finos para el trabajo que tenían que hacer. Luego comprendió que la gran rampa se sustentaría en gran medida a sí misma, y por otra parte todo el empuje lateral se aplicaría sobre el propio Muro.

Miró el dibujo en silencio un rato y luego comentó plácidamente:

—Siempre lograste salirte con la tuya, Shervane. Debía haber imaginado que al final sucedería esto.

—¿Entonces crees que es una buena idea? —preguntó Shervane. Jamás había desatendido los consejos del anciano, y estaba ansioso por saber qué consejo le daría ahora.



Como siempre, Grayle fue directo a la cuestión.

—¿Cuánto costará? —preguntó.

Brayldon se lo dijo, y por un momento se hizo un tenso silencio.

—Eso incluye —dijo rápidamente el arquitecto— la construcción de una buena carretera que cruce la Tierra Sombría y de una pequeña ciudad para los trabajadores. La escalera propiamente dicha se hará con aproximadamente un millón de bloques idénticos que encajarán unos en otros formando una estructura rígida. Podremos hacerlos, espero, con los minerales que encontremos en la Tierra Sombría.

Suspiró levemente.

—Me hubiese gustado construirla con barras de metal, pero habría costado aún más, puesto que hubiera sido necesario traer todo el material desde el otro lado de las montañas.

Grayle examinó más detenidamente el dibujo.

—¿Por qué te paras antes de la cima?

Brayldon miró a Shervane, que contestó a la pregunta con cierto embarazo.

—Quiero ser el único que haga la ascensión final —contestó—. El último tramo se superará con una máquina elevadora situada en la plataforma más alta. Quizá haya peligro: por eso quiero ir solo.

Aunque no era ésta la única razón, era una buena razón. Según le había dicho Grayle una vez, tras el Muro estaba la locura. Si eso era cierto, no tenía por qué enfrentarla otro.

Grayle habló una vez más con su voz tranquila y soñolienta.

—En ese caso —dijo—, lo que haces no es ni bueno ni malo, pues sólo te concierne a ti. Si el Muro se construyó para impedir que algo penetrase en nuestro mundo, seguirá siendo infranqueable desde el otro lado.

Brayldon asintió.

—Hemos pensado en eso —dijo, con un deje de orgullo—. Si fuese necesario, la rampa podría destruirse en un instante mediante explosivos colocados en puntos estratégicos.

—Eso está bien —contestó el anciano—. Aunque no creo esas historias, es bueno estar preparado. Espero seguir aún aquí cuando la obra se termine. Y ahora intentaré recordar lo que oí sobre el Muro cuando era tan joven como eras tú, Shervane, cuando me preguntaste por primera vez sobre él.

Antes que llegase el invierno, estaba construida la carretera hasta el Muro y se habían sentado los cimientos de la ciudad provisional. La mayor parte de los materiales que necesitaba Brayldon resultaron fáciles de hallar, pues la Tierra Sombría era rica en minerales. Brayldon había estudiado personalmente el Muro y había elegido el punto donde iría la escalera. Cuando Trilorne comenzó a hundirse en el horizonte, Brayldon se sentía muy satisfecho del trabajo realizado.

En el verano siguiente se hicieron los primeros bloques de hormigón y se probaron a satisfacción de Brayldon. Y antes que llegase otra vez el invierno se habían fabricado ya varios miles de ellos y estaban puestos los cimientos. Dejando al cargo de la producción a un ayudante de confianza, Brayldon pudo regresar a su interrumpido trabajo. Una vez hechos suficientes bloques, volvería para supervisar la construcción de la escalera, pero hasta entonces no sería necesaria su guía.

Shervane cabalgaba dos o tres veces al año hasta el Muro para observar el desarrollo de las obras. Transcurridos cuatro, Brayldon volvió con él. Capa tras capa, las hileras de piedra comenzaron a ascender por los flancos del Muro y los leves contrafuertes comenzaron a arquearse en el espacio. Al principio la escalera crecía lentamente, pero a medida que su cima se estrechaba, el incremento iba adquiriendo un ritmo más rápido. Durante un tercio del año era necesario abandonar el trabajo, y durante el largo invierno había unos cuantos meses de ansiedad en los que Shervane se acercaba a las fronteras de la Tierra Sombría, a escuchar las tormentas que atronaban frente a él en la reverberante oscuridad. Pero Brayldon había construido bien, y todas las primaveras la obra aparecía en pie, ilesa, como si fuese capaz de sobrevivir al propio Muro.

Las últimas piedras se colocaron siete años después de iniciada la obra. Situado a más de un kilómetro de distancia, de modo que pudiese ver la estructura en su totalidad, Shervane pensó con asombro que todo aquello había surgido de unos cuantos planos que Brayldon le había mostrado años atrás y conoció parte de la emoción que el artista debe sentir cuando sus sueños se hacen realidad.

Y recordó también el día en que, siendo muchacho, con su padre, había visto el Muro por primera vez, muy lejos, frente al oscuro cielo de la Tierra Sombría.

Habían barandillas en la plataforma superior, pero Shervane no se acercó siquiera a ellas. El suelo quedaba a una distancia estremecedora, e intentó olvidar la altura ayudando a Brayldon y a los obreros a colocar la máquina elevadora que le alzada a él los restantes seis metros que faltaban hasta la cumbre. Cuando todo estuvo listo, entró en la máquina y se volvió a su amigo con toda la seguridad que pudo reunir.

—Sólo tardaré unos minutos —dijo con fingida indiferencia—. Encuentre lo que encuentre, regresaré en seguida.

Difícilmente podría haber sospechado las pocas alternativas que tenía.

Grayle estaba ya casi ciego y no vería otra primavera. Pero reconoció las pisadas que se acercaban y saludó a Brayldon por su nombre antes que el visitante tuviese tiempo de hablar.

—Me alegro que viniera —dijo—. He estado pensando en todo lo que me dijo y creo que al fin sé la verdad. Quizá usted lo sospeche ya.

—No —dijo Brayldon—. Me ha dado miedo pensar en ello.

El anciano sonrió.

—¿Por qué ha de temer uno algo sólo porque sea extraño? El Muro es asombroso, sí..., pero no tiene nada de terrible, para los que se enfrentan a su secreto sin vacilar.

»Siendo yo un muchacho, Brayldon, mi viejo maestro me dijo una vez que el tiempo jamás podría destruir la verdad..., sólo podría ocultarla entre leyendas. Tenía razón. De todas las fábulas que corren acerca del Muro, yo puedo seleccionar ahora las que forman parte de la historia.

»Hace mucho tiempo, Brayldon, cuando la Primera Dinastía estaba en su apogeo, Trilorne era más cálido de lo que es ahora, y la Tierra Sombría era más fértil y estaba habitada..., como quizá lo estén un día las Tierras del Fuego cuando Trilorne sea viejo y débil. Los hombres podían ir tan al sur como quisieran, pues no había ningún Muro que les cortara el paso. Muchos debieron hacerlo, buscando nuevas tierras en las que establecerse. Lo que le sucedió a Shervane les sucedió también a ellos, y eso debió destruir muchas mentes..., tantas que los científicos de la Primera Dinastía construyeron el Muro para impedir que la locura se extendiese por la tierra. Aunque yo no puedo creer que sea cierto, la leyenda dice que el Muro se construyó en un solo día, sin ningún trabajo, con una nube que rodeaba el mundo.

El anciano se sumió en un ensueño, y por un momento Brayldon no le molestó. Su mente estaba muy lejos, en el pasado, imaginando su mundo como un globo perfecto que flotaba en el espacio mientras los Antiguos tendían aquella banda de oscuridad alrededor del ecuador. Aunque la imagen fuese falsa en su detalle más importante, jamás podría borrarla por completo de su mente.

Cuando los últimos metros del Muro pasaron ante sus ojos, Shervane necesitó todo su valor para no gritar que le bajasen de nuevo. Recordaba algunos relatos terribles que había desechado entre risas, pues procedía de una raza especialmente libre de supersticiones. ¿Pero y si, después de todo, aquellas historias eran ciertas, y el Muro había sido construido para mantener fuera del mundo algún horror?

Intentó olvidar estos pensamientos y no le resultó difícil en cuanto superó el nivel más alto del Muro. Al principio no pudo interpretar la imagen que sus ojos le traían: luego vio que estaba mirando a través de una plancha negra sin suturas, cuya anchura no podía calcular.

La pequeña plataforma se detuvo, y advirtió con una semiconsciente admiración lo exactos que habían sido los cálculos de Brayldon. Luego, tras dirigir una última palabra de seguridad al grupo que quedaba abajo, se situó sobre el Muro y comenzó a caminar con firmeza hacia delante. Al principio parecía como si la llanura que se extendía ante él fuese infinita, pues ni siquiera podía decir donde se encontraba con el cielo.

Caminó sin vacilación, dando la espalda a Trilorne. Le hubiese gustado poder utilizar su propia sombra como guía, pero ésta se difuminaba en la oscuridad mucho más profunda que había a sus pies.

Algo iba mal. A cada paso que daba, la oscuridad crecía. Sorprendido, se volvió y vio que el disco de Trilorne era ahora pálido y oscuro, como si estuviese viéndolo a través de un vidrio ahumado. Con creciente miedo, comprendió que no sólo sucedía esto: Trilorne era más pequeño que el sol que él había conocido toda su vida.

Agitó la cabeza en un gesto colérico de desafío. Aquello eran imaginaciones, fantasías. Era algo tan contrario a toda experiencia que dejó de sentir miedo y caminó resueltamente hacia delante tras echar una última mirada al sol que quedaba a sus espaldas.

Cuando Trilorne quedó reducido a un punto, y la oscuridad le rodeaba por completo, llegó el momento de abandonar la empresa. Un hombre más prudente habría dado la vuelta en aquel instante, y Shervane tuvo una súbita visión de pesadilla de sí mismo perdido en aquella eterna media luz entre la tierra y el cielo, incapaz de localizar el camino que pudiese llevarle de nuevo a la seguridad. Entonces recordó que mientras pudiese ver Trilorne no estaba en peligro.

Un tanto inseguro, continuó su camino mirando de vez en cuando hacia atrás, a la desmayada luz que quedaba a sus espaldas. Trilorne se había desvanecido, pero aún se marcaba un débil resplandor en el cielo que señalaba su emplazamiento. Y, además, no necesitaba ya su ayuda, pues frente a él iba apareciendo en el cielo una segunda luz.

Al principio parecía sólo un débil resplandor y, cuando estuvo seguro de su existencia, advirtió que Trilorne había desaparecido ya. Pero ahora sentía mayor confianza, y a medida que avanzaba aquella luz aliviaba sus temores.

Cuando vio que estaba realmente aproximándose a otro sol, cuando pudo decir con seguridad que aquella luz estaba expandiéndose lo mismo que Trilorne se contraía un momento antes, logró hundir todo su desconcierto y su temor en las profundidades de su mente. Se limitaría a observar y a registrar. Más tarde ya tendría tiempo de comprender. No era tan absurdo, después de todo, el que su mundo pudiese poseer dos soles, uno a cada lado.

Y ahora, al fin, pudo ver difusamente, a través de la oscuridad, la línea de ébano que marcaba el otro lado del Muro. Muy pronto sería el primer hombre en miles de años, quizá en toda la eternidad, que contemplase las tierras que el Muro separaba de su mundo. ¿Serían tan hermosas como las suyas? ¿Y habría allí gente que se alegraría de recibirle?

Pero el que le estuviesen esperando, y de aquel modo, era más de lo que había soñado.

Grayle extendió la mano hacia la vitrina que tenía al lado y hurgó buscando una gran hoja de papel que había allí. Brayldon le observaba en silencio. El anciano continuó:

—¡Cuántas veces hemos oído discutir sobre el tamaño del Universo y sobre si tenía límites o no! No podemos imaginar que el espacio termine, pero nuestras mentes se rebelan ante la idea del infinito. Algunos filósofos han imaginado que el espacio está limitado por la curvatura en una dimensión superior... Supongo que conoce usted la teoría. Quizá esto se cumpla en otros universos, si existen, pero en cuanto al nuestro, la respuesta es más sutil.

»Nuestro universo, Brayldon, termina en la línea del Muro..., y sin embargo no termina. Antes que se construyera el Muro no había ninguna barrera, nada que impidiese seguir adelante. El propio Muro no es más que una barrera hecha por el hombre, que comparte las propiedades del espacio en que se encuentra. Esas propiedades estuvieron siempre allí, y el Muro jamás les añadió nada.

Mostró la hoja de papel a Brayldon y la hizo girar lentamente.

—Aquí hay una simple hoja. Tiene, claro está, dos caras. ¿Puede usted imaginar una que no las tuviese?

Brayldon le miró desconcertado.

—¡Eso es imposible, es ridículo!

—Pero *es* —dijo Grayle suavemente. Extendió de nuevo la mano hacia la vitrina y sus dedos rebuscaron en ella. Finalmente sacó una tira larga y flexible de papel y giró sus ojos vacíos hacia Brayldon, que aguardaba en silencio.

—Nosotros no podemos equipararnos a los cerebros de la Primera Dinastía, pero lo que sus mentes pudieron captar directamente nosotros podemos entenderlo por analogía. Este simple truco, que tan trivial parece, puede ayudarle a entender la verdad.

Pasó sus dedos a lo largo de la tira de papel. Luego unió los dos extremos para hacer un círculo.

—Aquí tengo una forma que usted conoce perfectamente. La sección de un cilindro. Paso mi dedo por la parte interior, así..., y ahora por la exterior. Las dos superficies son claramente distintas. Sólo se puede pasar de la una a la otra atravesando el grosor del papel, ¿está de acuerdo?

—Desde luego —dijo Brayldon, aún desconcertado—. ¿Pero qué prueba eso?

—Nada —dijo Grayle—. Pero, ahora, observe...

Aquel sol, pensaba Shervane, era hermano gemelo de Trilorne. La oscuridad se había desvanecido por completo, y no tenía ya la sensación, que no intentaría comprender, de caminar por una llanura infinita. Ahora se movía lentamente, pues no tenía ningún deseo de llegar demasiado de prisa a aquel vertiginoso precipicio. Al cabo de un rato pudo ver un horizonte distante de colinas bajas, tan desnudo y sin vida como los que había dejado tras él. Esto no le desilusionó, pues la primera visión de su propia tierra no sería más atractiva que aquella. Así que siguió caminando, y cuando una mano helada estrujó su corazón no se detuvo, como habría hecho un hombre con menos valor. Sin vacilar, contempló el familiar paisaje que se extendía ante él, hasta que pudo ver la llanura en la que se había iniciado su viaje y la gran escalera y, por último, la expectante y ansiosa cara de Brayldon.

Grayle unió de nuevo los dos extremos de la tira de papel, pero ahora haciéndoles dar un medio giro para que quedase retorcida. Se la mostró a Brayldon.

—Pase el dedo por ella ahora —dijo pausadamente.

Brayldon no lo hizo: entendía ya lo que el viejo quería decir.

—Comprendo —dijo—. Ya no hay dos superficies separadas. Ahora forma una hoja continua y única, una superficie de una sola cara. Algo que a primera vista parece totalmente imposible.

—Sí —contestó Grayle muy suavemente—. Imaginé que lo entendería. Una superficie de una sola cara. Quizá comprenda ahora por qué este símbolo era tan común en las antiguas religiones, aunque su significado se haya perdido por completo. No es, claro está, más que una tosca y simple analogía..., un ejemplo en dos dimensiones de lo que en realidad debe suceder en tres. Pero, es lo máximo que nuestras mentes pueden aproximarse a la verdad.

Hubo un largo y meditabundo silencio. Luego Grayle suspiró profundamente y se volvió a Brayldon como si aún pudiese ver su rostro.

—¿Por qué regresó usted antes que Shervane? —preguntó, aunque conocía de sobra la respuesta.

—Tuvimos que hacerlo —dijo Brayldon con tristeza—, pero yo no quise ver mi obra destruida.

Grayle asintió, comprensivo.

—Entiendo —dijo.

Shervane recorrió con la mirada el largo tramo de escaleras que ningún pie volvería a pisar. No creía tener motivos para lamentarse: se había esforzado y había hecho todo lo posible. Había triunfado en la medida en que se podía triunfar.

Lentamente, alzó la mano y dio la señal. El Muro se tragó la explosión lo mismo que hubiese podido absorber cualquier otro sonido, pero la tranquila gracia con que contrafuertes y rampas se inclinaron y cayeron fue algo que recordaría toda su vida. Por un instante, tuvo una visión súbita e inexplicablemente aguda de otra escalera, contemplada por otro Shervane, cayendo en ruinas idénticas al otro lado del Muro.

Pero comprendió que se trataba de un pensamiento estúpido: nadie mejor que él sabía que el Muro tenía una sola cara.

**FIN**

Libros Tauro